

## Johnny Mnemonic

William Gibson

Metí la escopeta en una mochila de Adidas y la acomodé entre cuatro pares de calcetines de tenis, que no era para nada mi estilo, pero que era lo que pretendía: si creen que eres un bestia inexperto, actúa como un profesional; si creen que eres un profesional, actúa como un bestia inexperto. Yo soy muy profesional. Así que decidí parecer lo más bestia posible. En los tiempos que corren creo que hay que ser bastante profesional antes de aspirar siquiera a la bestialidad. Tuve que fabricar aquellas balas de calibre doce a partir de masa de cobre, en el torno, y colocarles la carga yo mismo; tuve que desenterrar una vieja microficha con instrucciones para cargar cartuchos manualmente; tuve que fabricar una gatillo para el disparador; todo muy delicado. Pero sabía que funcionaría.

Había fijado el encuentro en el Drome a las 23:00, pero fui en metro hasta tres paradas más allá de la estación más próxima y deshice el camino andando. Un procedimiento impecable. Me observé en la pared de cromo de una cafetería, la cara afilada típicamente caucásica coronada de pelo oscuro y tieso. Las chicas del Under the Knife eran las mejores de Sony Mao y fue complicado evitar que añadiesen el detalle chic de pliegues en los parpados. Probablemente no engañaría a Ralfi Face, pero tenía que permitirme acercarme a su mesa.

El Drome era una sala angosta con una barra al fondo de uno de los laterales y mesas en el otro, atestada de chulos, matones y un arcano conjunto de traficantes. Las Hermanas del Perro Magnético estaban en la puerta aquella noche, y no había planeado tratar de salir de allí con ellas de por medio si las cosas no salían bien. Medían dos metros y eran delgadas como galgos. Una era negra y la otra blanca, pero aparte de eso ambas parecían tan idénticas como la cirujía estética podía conseguir. Habían sido amantes durante años y eran duras de pelar a la hora de pelear. Nunca estube totalmente seguro de cual de ellas había sido originariamente un hombre.

Ralfi estaba sentado en su mesa de costumbre. Y me debía un montón de pasta. Yo tenía cientos de megabytes almacenados en mi cabeza en una base de datos pasiva a la que yo no tenía acceso consciente. Ralfi la había puesto allí. Sin embargo, no había vuelto a por ella. Sólo Ralfi podía recuperar la información, con una clave de su propia invención. Para empezar, no soy barato, pero es que mi tarifa de almacenamiento fuera de tiempo es astronómica. Y Ralfi había sido muy tacaño.

Entonces había oído que Ralfi Face había puesto precio a mi cabeza. Así que había dispuesto encontrarme con él en el Drome, pero lo había dispuesto como Edward Bax, importador clandestino, ultimamente en Rio y Peking.

El Drome apestaba a negocios, un regusto metálico de tensión nerviosa. Tios musculosos diseminados entre la multitud flexionaban sus músculos ante los demás mientras intentaban sonrisas impasibles, algunos de ellos tan perdidos bajo superestructuras de injertos musculares que sus siluetas no eran propiamente humanas.

Perdonenme. Perdonenme, amigos. Soy Eddie Bax, el Importador Eddie el Rápido, con su profesionalmente indescriptible mochila de deporte, y por favor, ignorad esta mierda lo suficientemente grande como para dejar entrar mi mano derecha por ella..

Ralfi no estaba solo. Ochenta kilos de buey rubio californiano yacían alerta en la silla de al lado, con aspecto de conocer todas las artes marciales habidas y por haber.

Eddie Bax el Rápido ocupó la silla situada frente a ellos antes de que las manos del buey abandonasen la mesa.

– ¿Le das betún a tu cinturón? – pregunté con entusiasmo.

El asintió mientras sus ojos azules realizaban un patrón automático de inspección entre mis ojos y mis manos.

– Yo también – dije –. Lo tengo aquí en la mochila – introduje velozmente mi mano a través de la abertura y quité el seguro. Click – Dos cañones del calibre doce con los gatillos acoplados.

– Eso es una escopeta – dijo Ralfi poniendo una de sus manos rollizas sobre el tenso pecho de nylon azul de su chico para refrenarlo –. Johnny tiene una arcaica arma de fuego en su mochila. Demasiado para Edward Bax.

Me pregunté si siempre había se había llamado Ralfi Nosequé o Nosecuantos, pero debía su mote a su excepcional vanidad. Sobre algo parecido a una pera demasiado madura, se había puesto la cara, popular hacía veinte años, de Christian White; Christian White, de la Banda Aria Reggae, creada por Sony Mao y vencedor final de la competición de los rockeros. Soy un experto en el trivial.

Christian White: clásica cara del pop con los músculos ampliamente desarrollados de un cantante y pómulos cincelados. Angelical bajo cierta luz, hermosamente depravada bajo otra. Pero los ojos de Ralfi estaban vivos tras aquella cara y eran pequeños, oscuros y fríos.

– Por favor, – dijo – arreglemos esto como hombres de negocios – su voz tenía un tono de sinceridad que atrapaba con horrible facilidad y las esquinas de su hermosa boca modelo Christian White siempre sonreían –. Este es Lewis – dijo señalando en dirección al pedazo de buey –, una montaña de carne – Lewis ni se inmutó, daba la sensación de ser algo montado a partir de un kit –. Tú no eres una montaña de carne, Johnny.

– Seguro que sí lo soy, Ralfi, una bonita montaña de carne repleta de implantes donde puedes almacenar tu colada sucia mientras tratas de conseguir gente para matarme. Dado lo que tengo en la mochila, Ralfi, parece que tendrás que dar alguna explicación.

– Es esa última remesa de mercancía, Johnny – suspiró profundamente –. Como intermediario que soy...

– Contrabandista – le corregí.

– Como intermediario, soy muy cuidadoso con los proveedores.

– Sólo le compras a aquellos que roban lo mejor. Lo sé.

Suspiró de nuevo.

– Intento – dijo cansinamente – no comprarle a timadores... En esta ocasión me temo que lo he hecho.

El tercer suspiro fue la señal para que Lewis accionase el disruptor neural que habían sujetado con cinta adhesiva bajo el lado de la mesa en el que yo estaba. Concentré todo mi ser en apretar el dedo índice de mi mano derecha pero parecía que ya no formaba parte de mí. Podía sentir el metal de la escopeta y la cinta acolchada. Había envuelto con ella el pequeño asidero, pero mis manos eran de cera helada, distantes e inertes. Esperaba que Lewis fuese una auténtica montaña de carne, lo suficientemente estúpido como para lanzarse sobre la mochila de deporte y presionar mi dedo rígido contra el gatillo, pero no lo era.

– Hemos estado muy preocupados por tu culpa, Johnny. Muy preocupados. Verás, lo que llevas dentro es propiedad de la Yakuza. Un tonto se lo quitó, johnny. Un tonto muerto.

Lewis se ríó tontamente.

Todo cobró sentido entonces, un sentido desagradable, como bolsas de arena mojada colocadas alrededor de mi cabeza. El asesinato no era del estilo de Ralfi. Ni siquiera Lewis era del estilo de Ralfi. Pero se había metido entre los Hijos del Crisantemo de Neon y algo que les pertenecía o, más correctamente, algo de ellos que le pertenecía a alguien más. Ralfi, por supuesto, podía usar la clave para sacarme la información pasiva y yo escupiría su peliagudo programa sin recordar un mísero bit. Para un contrabandista como Ralfi, aquello hubiese sido normalmente suficiente. Pero no para la Yakuza. La Yakuza sabría de la existencia de los Calamares y su uso, y no querrían preocuparse de que alguien sacase de mi cabeza aquellos oscuros y perdurables datos de su programa. Yo no sabía mucho sobre los Calamares, pero había escuchado historias sobre ellos y había decidido no contárselo jamás a

mis clientes. No, a la Yakuza no le gustaría aquello; se parecía demasiado a una prueba, algo incriminatorio. Y la Yakuza no había llegado a donde lo había hecho dejando pruebas a su alrededor. O vivas.

Lewis sonreía burlonamente. Creo que estaba visualizando un punto situado justo detrás de mi frente e imaginando cómo podría llegar hasta él por las bravas.

– Hey, – dijo una voz baja, femenina, desde algún lugar tras mi hombro derecho – vaqueros, seguro que no os estais divirtiendo demasiado.

– Desaparece, puta – dijo Lewis sin apenas mover un ápice su rostro. Ralfi estaba pálido.

– Relájate. ¿Quieres contratar una buena guardaespaldas? – cogió una silla y se sentó rápidamente antes de que ninguno de ellos pudiese detenerla. Estaba apenas dentro de mi campo de visión, una chica delgada con gafas especulares y el desaliñado pelo negro cortado de forma desmañada. Llevaba una cazadora de cuero negro abierta sobre una camiseta de rayas diagonales rojas y negras –. Podría con ocho como tú.

Lewis bufó exasperado e intentó tirarla de la silla de un guantazo. De algún modo no llegó a alcanzarla, ella adelantó su mano, que pareció rozar al pasar la muñeca de Lewis. Sangre brillante roció la mesa. Él se sujetó con fuerza la muñeca mientras la sangre se escurría por entre sus dedos.

¿Pero no había atacado ella con la mano desnuda?

Lewis iba a necesitar una selladora de tendones. Se levantó con cuidado, sin molestarse en retirar la silla, que cayó hacia atrás, y salió de mi campo de visión sin decir una palabra.

– Lo mejor es que busque un médico para que le eche un vistazo – dijo ella –. Es un corte muy feo.

– No tienes ni idea – dijo Ralfi, que sonaba repentinamente agotado – del tamaño del montón de mierda en el que acabas de meterte.

– ¿En serio? ¡Señor! Me apasionan los misterios. Como porqué este amigo tuyo está tan quieto. Como congelado. O para qué es esta cosa de aquí – y levantó la pequeña unidad de control de que alguna forma le había quitado a Lewis. Ralfi parecía enfermo.

– Tú, ah, ¿quizás quieres un cuarto de millón a cambio de darme eso e irte a dar un paseo?

Levantó una de sus manos rollizas y se la pasó por su cara enjuta y pálida.

– Lo que yo quiero – dijo ella moviendo la unidad en sus dedos para que girase y reluciese – es trabajar. Un empleo. Tu chico se ha lastimado la muñeca. Pero un cuarto de millón servirá como anticipo de mis honorarios.

Ralfi dejó de contener la respiración y rompió a reír, dejando al descubierto los dientes, que no habían sido adaptados al estándar Christian White. Entonces ella apagó el disruptor.

– Dos millones – dije.

– Ese es mi chico – dijo ella y rió –. ¿Qué hay en la mochila?

– Una escopeta.

– Brutal – dijo en lo que podía haber sido algún tipo de cumplido.

Ralfi no dijo nada en absoluto.

– La palabra son millones. Molly Millones, Millones para Molly. ¿Quieres salir de aquí, jefe? La gente está empezando a mirarnos –. Se levantó. Llevaba unos vaqueros de cuero del color de la sangre seca.

Y yo ví por primera vez que las lentes especulares eran implantes quirúrgicos, plata que surgía suavemente de la parte superior de sus pómulos, encerrando los ojos tras el dispositivo. Vi mi nueva cara reflejada en cada una de ellas.

– Me llamo Johnny – dije –. Nos llevamos al señor cara (N.T: juego de palabras con el apellido de Ralfi Face) con nosotros.

Él estaba fuera, esperando. Parecía el típico turista, con bermudas de plástico y una estúpida camisa hawaiana estampada con publicidad del microprocesador más popular de su empresa., un tipo ligeramente bajo de estatura, el tipo que con más probabilidad acabaría borracho de sake en un bar de los que servían diminutas galletitas de arroz con guarnición de algas marinas. Parecía del tipo que llora cuando canta el himno de la empresa, que aplaude sin fin a los barman. Y los chulos y los traficantes lo dejarían en paz, catalogándolo como un conservador nato. No lo suficientemente arriba, y cuidadoso con sus fondos cuando los tenía.

Tal como supuse después, debía haberse amputado parte de su pulgar izquierdo, por encima de la primera articulación, reemplazándolo por uno protésico insertado en el munón y equipado con un cable y un enganche contruidos a partir de uno de los diamantes analógicos de un Ono-Sendai. Después había enrollado cuidadosamente el cable de tres metros de filamento monomolecular.

Molly realizó algún tipo de intercambio con las Hermanas del Perro Magnético, dándome la oportunidad de sacar a Ralfi por la puerta con la mochila de deporte apoyada levemente contra la base de su columna vertebral. Ella parecía conocerlas. Oí como la negra se reía.

Miré hacia arriba, un reflejo repentino, quizás porque nunca solía hacerlo, hacia los ascendentes arcos de luz y las sombras de las geodésicas sobre ellas. Quizás eso me salvó.

Ralfi siguió caminando, pero no creo que intentase escapar. Yo creo que ya se había rendido. Probablemente ya tenía una idea de a lo que nos enfrentábamos.

Recuerdo perfectamente como quedó hecho pedazos.

Al recordarlo con detenimiento, veo como Ralfi avanzaba un paso mientras el ingeniero pequeñajo surgía de ninguna parte en concreto, sonriendo. Una imagen fugaz de una reverencia y su pulgar derecho se separó. Un truco de magia. El pulgar quedó suspendido en el aire. ¿Espejos? ¿Alambres? Y Ralfi se detuvo, de espaldas a nosotros, con oscuras manchas de sudor bajo los sobacos de la chaqueta de su traje de verano. Lo sabía. Debía saberlo. Y entonces el pulgar sorpresa, pesado como el plomo, centelleó mientras giraba como un yo-yo y el hilo invisible que lo conectaba con la mano del asesino atravesó lateralmente el craneo de Ralfi, justo encima de las cejas, chasqueó y descendió, rajando el torso con forma de pera de Ralfi diagonalmente desde el hombro hasta las costillas. El corte fue tan fino que no apareció sangre hasta que las sinapsis fallaron y la primera convulsión dejó al cuerpo a merced de la gravedad.

Ralfi se derrumbó entre una nube rosa de fluídos, las tres partes separadas rodaron por el suelo de baldosas. En absoluto silencio.

Alcé la mochila de deporte y mi mano se estremeció. El impacto casi rompió mi muñeca.

Parecía que estaba lloviendo; una cortina de agua se precipitó desde una geodésica rota y empapó los adoquines detrás de nosotros. Nos escondimos en el estrecho hueco entre una boutique quirúrgica y una tienda de antigüedades. Ella acababa de asomar uno de sus ojos especulares por la esquina para localizar un sencillo módulo Volks enfrente del Drome, con las luces rojas brillando. Estaban limpiando los restos de Ralfi. Haciendo preguntas.

Yo estaba cubierto de una pelusa blanca chamuscada. Los calcetines de tenis. La mochila de deporte formaba una destrozada cinta de plástico alrededor de mi muñeca.

– No sé como demonios no me percaté de él.

– Porque es rápido, muy rápido – se abrazó las rodillas, se balanceó hacia atrás y se incorporó de un salto –. Su sistema nervioso está mejorado. Está diseñado a medida – sonrió y emitió un gruñido de deleite –. Voy a cazar a ese tío. Esta noche. Es el mejor, el número uno, el de más caché, el que marca el estado del arte.

– Lo que vas a hacer, ya que soy el chico de los dos millones de dólares, es sacar mi culo de aquí. Ese amiguito tuyo de antes ha sido construido en su mayor parte dentro de tanques de laboratorio de Chiba City. Es una asesino de la Yakuza.

– Chiba. Oh, sí. Mira, Molly también ha estado en Chiba – y me mostró sus manos, con los dedos ligeramente extendidos. Sus dedos eran delgados, afilados, increíblemente blancos en contraste con la laca color Borgoña de sus uñas. Entonces unas cuchillas surgieron limpiamente de las fundas bajo sus uñas, cada una de ellas un pequeño bisturí de doble filo de pálido acero azul.

\*\*\*

Nunca había pasado mucho tiempo en Nighttown. Allí nadie tenía nada con que pagarme mi memoria, y la mayoría de ellos pagaban regularmente un pico por olvidar. Generaciones de mosquitos se habían estampado contra el neón desde que las cuadrillas de mantenimiento se habían rendido. Incluso a mediodía los arcos parecían negros de hollín en contraste con la bombilla más débil.

¿A dónde ir cuando el grupo criminal más rico del mundo te está buscando con dedos tranquilos e inalcanzables? ¿Dónde esconderse de la Yakuza, tan poderosa que es propietaria de sus propios satélites de telecomunicaciones y al menos tres lanzaderas? La Yakuza es una auténtica multinacional, como la ITT y la Ono-Sendai. Cincuenta años antes de que yo naciese la Yakuza ya había absorbido las Triadas, la Mafia y la Liga Corsa.

Molly tenía una respuesta. Te escondes en el Foso, la zona más deprimida, donde cualquier influencia externa generaba veloces y concéntricas ondas de amenaza en bruto. Te escondes en Nighttown. Mejor aún, te escondes sobre Nighttown, dado que el Foso está invertido y el fondo del cuenco que formaba tocaba el cielo, un cielo que Nighttown nunca veía, sudando bajo su propio firmamento de resina acrílica donde los Lo Tek se agazapaban como gárgolas con cigarrillos del mercado negro suspendidos de sus labios.

Ella también tenía otra respuesta.

– Así que está cerrado con siete candados, ¿no, Johnny-san? ¿No hay ninguna forma de sacar ese programa sin la clave?

Me condujo a través de las sombras que había tras la iluminada plataforma del metro. Los muros de cemento estaban recubiertos de graffitis, años de ellos mezclándose en un único metamural de ira y frustración.

– La información almacenada se sustenta en una serie de prótesis microquirúrgicas contra el autismo modificadas – recité de memoria en una soporífera versión de mi verborrea comercial habitual –. La clave del cliente está almacenada en un chip especial; aparte de los Calamares, de los que no nos gusta hablar en nuestro negocio, no hay forma de recuperar la clave. No se me puede sacar drogandome, ni con descaragas eléctricas, ni torturándome. Yo no la sé, nunca la supe.

– ¿Calamares? ¿Esas cosas espeluznantes con tentáculos?

Salimos a un calle desierta del mercado. Figuras penumbrosas nos observaban desde un improvisada plaza apestada de cabezas de pescado y fruta podrida.

– Detectores de interferencias superconductoras cuánticas (N.T: en ingles Squid (calamar) es el acrónimo de superconducting quantum interference detectors). Los usaban en la guerra para localizar submarinos, saltándose los sistemas cibernéticos del enemigo.

– ¿Sí? ¿Cosas de la Armada? ¿De cuando la guerra? ¿Un Calamar podría leer ese chip tuyo? – ella se había detenido y sentí sus ojos sobre mí tras aquellos espejos gemelos.

– Incluso los modelos antiguos pueden medir un campo magnético de una billonésima parte de la fuerza geomagnética; es como localizar un susurro en medio de un estadio lleno de gente vociferando.

– La policía ya puede hacer eso, con micrófonos parabólicos y lasers.

– Pero tus datos aún estarán seguros – dije con orgullo profesional –. Ningún gobierno permitiría a sus policías tener Calamares, ni siquiera a los más fiables. Demasiadas

oportunidades de cachondeos interdepartamentales; te montarían un watergate muy probablemente.

– Cosas de la Armada – dijo, y su sonrisa resplandeció en las sombras –. Cosas de la Armada. Tengo un amigo aquí abajo que estuvo en la Armada, Jones. Creo que será mejor que te lo presente. Pero es un yonqui. Así que tendremos que llevarle algo.

– ¿Un yonqui?

– Un delfín.

Era algo más que un delfín, pero desde el punto de vista de otro delfín debía parecer que no llegaba a serlo. Le observé arremolinarse en su tanque galvanizado. El agua salpicó por el lateral, empapando mis zapatos. Era un residuo de la última guerra. Un ciborg.

Salió del agua, mostrando los discos incrustados en sus costados, una especie de chiste visual, cuya gracia casi se perdía bajo una coraza articulada, desmañada y prehistórica. Habían creado dos deformidades idénticas a cada lado de su cráneo para albergar sensores. Heridas plateadas centellearon en las secciones expuestas de su piel palido-grisacea.

Molly silbó. Jones sacudió su cola y se derramó más agua por el lateral del tanque.

– ¿Qué es este sitio? – miré con atención vagas formas en la oscuridad, cadenas oxidadas y cosas bajo tela impermeable. Encima del tanque colgaba un desamañado marco de madera, con hileras de polvorientas luces de Navidad cubriendo todo el espacio interior del marco –. Disneylandia. Un zoo y una cabalgata de carnavales, por no hablar de la Ballena de Guerra. Todo eso. La ballena Jones es...

Jones se alzó de nuevo y me miró fijamente con un ojo triste y viejo.

– ¿Cómo puede hablar? – de repente me sentí ansioso por salir de allí.

– Eso tiene truco. Dí hola, Jones.

Y todas las lámparas se iluminaron a la vez. Brillaban intermitentemente en rojo, blanco y azul.

RBARBARBA  
RBARBARBA  
RBARBARBA  
RBARBARBA  
RBARBARBA

– Es bastante hábil usando símbolos, ya verás, pero el código es limitado. En la Armada lo tenían enchufado a una pantalla audiovisual – ella extrajo el pequeño paquete de uno de los bolsillos de la cazadora –. Pura mierda, Jones. ¿La quieres? – él se quedó quieto en el agua y comenzó a hundirse. Sentí un pánico insólito al recordar que él no era un pez, que podía ahogarse –. Queremos acceso al banco de datos de Johnny, Jones. Y lo queremos enseguida.

Las luces tililaron y se apagaron.

– ¡Encuétralo, Jones!

A  
AAAAAAAAAA  
A  
A  
A

Luces azules, formando una cruz.

Oscuridad.

– ¡Pura! Está limpia. Vamos, Jones.

BBBBBBBBBB  
BBBBBBBBBB  
BBBBBBBBBB  
BBBBBBBBBB  
BBBBBBBBBB

Un resplandor color blanco sodio resaltó los rasgos de Molly, en un austero tono monocromo, con sombras que surgían de sus pómulos.

R RRRRR  
R R  
RRRRRRRR  
R R  
RRRRR R

Los brazos de la esvástica roja giraron proyectados en sus lentes plateadas.

– Dásela – dije – Ya lo tenemos.

Ralfi Face. Que falta de imaginación.

Jones se encaramó con la mitad de su cuerpo acorazado por encima del borde de su tanque y pensé que el metal cedería. Molly le clavó la pistola inyectora en la parte superior, insertando la aguja entre dos planchas. El propelente siseó. Estallaron patrones de luz que se extendieron por todo el marco y después palidieron hasta desaparecer.

Le dejamos flotando a la deriva, retorciéndose lánguidamente en el agua oscura. Quizás estaba soñando con la guerra en el Pacífico, con las minas cibernéticas que había esquivado olfateando delicadamente sus sistemas electrónicos con el Calamar que había empleado para extraer la patética clave de Ralfi del chip sepultado en mi cabeza.

– Puedo verles comentando el error de desmovilizarle, dejándole fuera de la Armada con su maquinaria intacta, pero ¿qué hizo que un delfín cibernético se convirtiera en adicto a esa mierda?

– La guerra – dijo ella –. Fueron ellos. La Armada lo hizo. ¿Cómo sinó hubiesen hecho que trabajasen para ellos?

– No estoy seguro de que esto sea un buen negocio – dijo el pirata, regateando en busca de más dinero –. El destinatario es un satélite de comunicaciones que no aparece en los registros...

– Hazme perder el tiempo y no será nada de nada – dijo Molly amenazándole con su dedo índice por encima de la arañada consola de plástico.

– ¿Quizás quieres comprar la señal de microondas en alguna otra parte? – era un chico duro tras su rostro fabricado por Mao. Un habitante de Nighttown de nacimiento, probablemente.

La mano de Molly recorrió velozmente la parte delantera de la chaqueta del chico, cortándole una solapa sin apenas tocar el tejido.

– ¿Tenemos un trato o no?

– Trato – dijo él mientras miraba asombrado su solapa rota con lo que debió esperar que pareciese sólo un interés cortés –. Hay trato.

Mientras yo comprobaba los dos discos que habíamos comprado, ella sacó del bolsillo de cremallera de su cazadora la hoja de papel que le había dado. Lo desdobló y lo leyó silenciosamente, moviendo sus labios. Se encogió de hombros.

– ¿Es esto?

– Dispara – dije, golpeando los botones de grabación de las dos consolas simultáneamente.

– Christian White – recitó ella – y su Banda Aria de Reggae.

Condenado Ralfi, un fan hasta la muerte.

La transición al modo activo es siempre menos abrupta de lo que espero que sea. El local del pirata era la habitación pintada en tono pastel de una agencia de viajes cerrada que contaba con una consola, tres sillas y un poster descolorido de un balneario orbital suizo. Un par de pájaros de juguete con cuerpos de cristal soplado y delgadas piernas estaban sorbiendo monótonamente de un bol de agua de poliestileno en una repisa que estaba junto al hombro de Molly. Cuando entré en fase, aceleraron gradualmente sus movimientos hasta que sus cabezas emplumadas se convirtieron en arcos sólidos de color. Los indicadores luminosos que contaban los segundos en el reloj de plástico de la pared se habían convertido en parrillas pulsantes sin sentido, y Molly y el chico con la cara fabricada por Mao se volvieron nebulosos, sus brazos se movían borrosamente a ratos, con fantasmales ademanes rápidos como los de un insecto. Y entonces todo se fundió en una estática gris y fría y entoné un poema sin fin en un lenguaje artificial.

Me senté y recité durante tres horas el programa robado del fallecido Ralfi.

La galería ocupaba cuarenta kilómetros hasta el final, una desastrada superposición de cúpulas abarrotadas que cubrían lo que una vez fue una arteria suburbana. Si apagaban los arcos en un día despejado, una gris aproximación de la luz solar se filtraba a través de capas acrílicas, una imagen parecida a los bocetos de prisiones de Giovanni Piranesi. Los tres kilómetros más al sur del techo eran Nighttown. Nighttown no pagaba impuestos y no tenía servicios públicos. Los arcos de neón no funcionaban, y las geodésicas estaban negras por el humo de décadas de fuegos de cocina. En la oscuridad casi total de un mediodía de Nighttown, ¿quién se daría cuenta de unas pocas docenas de niños locos perdidos entre el entramado de vigas?

Habíamos estado ascendiendo durante dos horas, por escalinatas de cemento y escaleras de mano de acero con peldaños agujereados, atravesando estructuras abandonadas y máquinas cubiertas de polvo. Habíamos empezado en lo que parecía un patio de mantenimiento abandonado, con segmentos de techo triangulares apilados. Todo allí estaba cubierto con aquella homogénea capa de graffiti de spray: nombres de pandillas, fechas que retrocedían hasta principios de siglo. Los graffiti nos acompañaron cuesta arriba, haciéndose menos frecuentes gradualmente hasta que sólo un simple nombre se repetía a intervalos: LO TEK. En goteantes letras mayúsculas negras.

– ¿Quién es Lo Tek?

– Nosotros no, jefe – ella ascendió por una temblequeante escalera de aluminio y desapareció por un agujero que había en una de las planchas de plástico corrugado –. Tecnología sencilla, técnicas sencillas – (N.T.: del inglés LOW TEChnology, LOW TECnique). El plástico amortiguaba su voz. La seguí por las escaleras, provocando que me doliesen las muñecas. – Hasta los Lo Tek pensarán que esa escopeta tuya está anticuada.

Una hora más tarde me arrastraba a través de otro agujero, éste abierto en una plancha curva de madera contrachapada, y me topé con mi primer Lo Tek.

– Tranqui – dijo Molly mientras apoyaba su mano sobre mi hombro –. Sólo es Dog. Hey, Dog.

En el estrecho foco de su linterna, él nos inspeccionaba con su único ojo y jadeaba lentamente sacando una gran parte de su lengua grisácea, lamiéndose los enormes dientes caninos. Me pregunté cómo catalogaban los transplantes de dientes de Doberman como tecnología sencilla. Los inmunosupresores no crecían en los árboles precisamente.



– Moll. – Los dientes aumentados entorpecían su pronunciación. Un hilo de saliva colgaba del distorsionado labio inferior –. Sos oí de llegar. Hace un buen rato. – Debía tener quince años, pero los dientes caninos y el brillante mosaico de cicatrices combinado con el jadeo y la cuenca de sus ojos le confería una máscara de bestialidad total. Había requerido tiempo y cierto tipo de creatividad el ensamblar aquella cara, y su actitud me decía que disfrutaba viviendo con aquel rostro. Llevaba un par de vaqueros deteriorados, negros de mugre y gastados por los dobleces. Su pecho y sus pies estaban desnudos. Hizo con su boca algo parecido a una sonrisa –. Sos están siguiendo.

A lo lejos, en Nighttown, un vendedor de agua anunciaba a gritos sus mercancías.

– ¿Moviendo los hilos, Dog? – ella movió su linterna hacia un lado y vi finas cuerdas atadas a pernos, cuerdas que iban hasta el borde y desaparecían.

– ¡Apaga la puta luz!

Ella la apagó.

– ¿Cómo es que el que sos sigue no trae luz?

– No la necesita. Esas son malas noticias, Dog. Si tus centinelas caen sobre él, volverán a casa en pedacitos fáciles de transportar.

– ¿Es amigo, Moll? – sonaba inquieto. Yo escuchaba como movía sus pies sobre el gastado contrachapado.

– No. Pero es cosa mía. Y éste – dijo dándome una palmada – es un amigo. ¿Entendido?

– Claro – dijo, sin demasiado entusiasmo, caminando hacia el borde de la plataforma, donde estaban los pernos. Empezó a enviar un mensaje dando tirones de las tensas cuerdas.

La vista de Nighttown bajo nosotros parecía un pueblo de juguete para ratas; diminutas ventanas dejaban ver luces de velas y sólo unos pocos rectángulos brillantes y toscos iluminados por linternas eléctricas y lámparas de carburo. Imaginé a los viejos en sus interminables partidas de dominó, bajo cálidas y densas cortinas de agua que caían de húmedos barreños colocados en postes entre las chabolas de contrachapado. Entonces traté de imaginarle trepando pacientemente a través de la oscuridad con su llamativa camisa para turistas, desinteresado y parsimonioso. ¿Cómo iba a seguir nuestra pista allí?

– Bien, – dijo Molly – esto apesta.

– ¿Fumas? – Dog sacó un paquete estrujado de su bolsillo y me ofreció un cigarrillo aplastado. Miré de reojo la marca mientras me lo encendía con una cerilla de cocina. Yiheyuan con filtro. Fabrica de Cigarrillos de Peking. Decidí que los Lo Tek traficaban en el mercado negro. Dog y Molly volvieron a su discusión, que parecía girar en torno a la intención de Molly de usar algunas propiedades en concreto de los Lo Tek.

– Te he hecho cientos de favores, tío. Quiero ese suelo. Y quiero la música.

– No eres una Lo Tek...

Siguieron así durante la mayor parte del siguiente kilómetro de recodos, mientras Dog nos guiaba por pasarelas bamboleantes y escalas de cuerda. Los Lo Tek unían sus redes y sus amontonadas casa al tejido de la ciudad con enormes gotas de pegamento y dormían sobre el abismo en hamacas enganchadas. Sus dominios eran tan exigüos que en algunos lugares sólo consistían en asideros y plataformas serrados en los refuerzos de las geodésicas.

Suelo Mortal, lo llamó ella. Arrastrándome tras ella, mis nuevos zapatos de Eddie Bax resbalaban contra el metal gastado y el contrachapado húmedo, y me pregunté cómo podría haber algo más letal que el resto del territorio. Al mismo tiempo noté que las protestas de Dog eran rituales y que ella ya contaba con conseguir todo lo que quería.

En algún lugar debajo de nosotros Jones estaría dando vueltas en su tanque, sintiendo las primeras punzadas del síndrome de abstinencia. La policía debería estar aburriendo a los

habituales del Drome con preguntas sobre Ralfi. ¿Qué hizo? ¿Con quién estaba antes de salir del local? Y la Yakuza debería estar usando sus fantasmales poderes en los bancos de datos de la ciudad, buscando débiles imágenes mías reflejadas en números de cuentas, negocios con bonos, facturas de servicios públicos. Estamos en una economía de la información. Te lo enseñan en la escuela. Lo que no te enseñan es que es imposible desplazarse, vivir, operar a cualquier nivel sin dejar rastros, bits, aparentemente insignificantes fragmentos de información personal. Fragmentos que pueden ser recuperados, ampliados...

Pero a esas alturas el pirata habría colocado nuestro mensaje en la cola de transmisiones ocultas hacia el satélite de comunicaciones de la Yakuza. Un mensaje sencillo: Haced que se retire vuestro cazador o sacaremos a la luz vuestro programa.

El programa. Yo no tenía ni idea de lo que era. Aún no lo sé. Yo sólo recité la cantinela, sin comprender nada. Probablemente era información de investigaciones, una forma avanzada de espionaje industrial que había alcanzado la Yakuza. Un negocio elegante, robarla de Ono-Sendai como una forma de obtener y retener educadamente su información a cambio de un rescate, amenazando con cargarse los avances en investigación del conglomerado haciéndolos públicos.

Pero, ¿porqué no podíamos jugar todos? ¿No serían más felices con algo que poder devolver a Ono-Sendai, más felices de lo que estarían al matar a un Johnny cualquiera de Memory Lane?

Su programa iba de camino a una dirección en Sidney, un lugar en el que guardaban las cartas de sus clientes y no hacían preguntas una vez que habías pagado un pequeño adelanto. Correo de superficie de cuarta clase. Había borrado la mayor parte de la otra copia y grabado nuestro mensaje en el hueco resultante, dejando lo suficiente del programa para que lo identificasen como el auténtico.

Me dolía la muñeca. Quería detenerme, tumbarme, dormir. Sabía que pronto acabaría fallando un asidero y caería, sabía que los puntiagudos zapatos negros que había comprado para mi tarde como Eddie Bax habían sido una mala compra y me arrastrarían en la caída hacia Nighttown. Pero él surgió en mi mente como un holograma religiosos barato, resplandeciendo, la imagen aumentada de su camisa Hawaiana asomando como un fogonazo de reconocimiento de alguna condenada banda urbana.

Así que seguí a Dog y Molly a través del cielo de los Lo Tek, equipado y construido con restos que incluso en Nighttown no querían.

El Suelo Mortal alcanzaba ocho metros de alto en algunas partes. Un gigante parecía haber hilvanado un cable de acero a través de todos los elementos de una chatarrería y haberlo tensado. Chirriaba cuando se movía, y se movía constantemente, bamboleándose y moviéndose bruscamente mientras la concurrencia de Lo Teks se reunían en las gradas de contrachapado que lo rodeaba. La madera se había vuelto plateada por la edad, pulida por el uso prolongado y repleta de grabados de iniciales, amenazas, declaraciones de amor. Estaba suspendido de un conjunto separado de cables, que se perdían en la oscuridad más allá del crudo resplandor blanquecino de los dos antiquísimas focos suspendidos sobre el Suelo.

Una chica con dientes como los de Dog golpeó el suelo con pies y manos. Sus pechos estaban tatuados con espirales color añil. Después cruzó el Suelo, riendo, agarrada a un chico que estaba bebiendo un líquido oscuro de una botella de litro. Las cicatrices y tatuajes eran una moda entre los Lo Teks. Y los dientes. La electricidad que empleaban para iluminar el Suelo Mortal parecía una excepción a su estética general, llevada a cabo en nombre de... ¿un ritual, un deporte, arte? No lo sabía, pero podía ver que el Suelo era algo especial. Tenía el aspecto de haber sido construido durante generaciones.

Sujeté la inútil escopeta bajo mi chaqueta. Su solidez y rudeza eran reconfortantes incluso aunque no tuviese más balas. Y se me ocurrió que no tenía ni idea en absoluto de qué estaba sucediendo en realidad, o que se suponía que iba a suceder. Ni de cual iba a ser mi futuro,

porque había empleado la mayor parte de mi vida como un receptáculo ciego que era llenado con los conocimientos de otros para ser vaciado después, recitando lenguajes artificiales que nunca había entendido. Un chico muy profesional. Seguro.

Y entonces me percaté de lo silenciosos que se habían vuelto los Lo Tek. Él estaba allí, en el borde de la zona iluminada, entrando en el Suelo Mortal a través del corredor de silenciosos Lo Tek con la calma de un turista. Y cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez con un mutuo reconocimiento, un recuerdo encajó como un puzzle en mi cabeza, Paris, y un largo Mercedes eléctrico deslizándose en la lluvia hacia Notre Dame; bunkers móviles, caras japonesas tras las gafas y un centenar de Nikons alzándose en un fototropismo ciego, flores de acero y cristal. Tras sus ojos, cuando me encontraron, desapareció la cortina y lo recordé.

Busqué a Molly Millones, pero había desaparecido.

Los Tek se separaron para dejarle subir por la escalera. Hizo una reverencia, sonrió y se quitó sus sandalias, dejándolas una al lado de la otra, perfectamente alineadas, y entonces bajó al Suelo Mortal. Vino a por mí, atravesando aquella plataforma de chatarra bamboleante con tanta facilidad como un turista que pasease por una moqueta sintética en cualquier hotel barato.

Molly saltó al Suelo, moviéndose sin parar.

El Suelo estalló en vítores.

Iba a ser comentado y amplificado, con micrófonos colocados en los cuatro gruesos alambres situados en las esquinas y micrófonos de ambiente sujetos al azar en fragmentos oxidados de maquinaria. En alguna parte los Lo Tek tenían un amplificador y un sintetizador, y ahora pude distinguir las formas de los comentaristas en lo alto, sobre los crueles focos blancos.

Comenzó un redoble de tambor, electrónico, como un corazón amplificado, regular como un metrónomo.

Ella se había quitado la cazadora de cuero y las botas; su camiseta no tenía mangas y llegaban a intuirse débiles marcas de la circuitería de Chiba City instalada a lo largo de sus delgados brazos. Sus vaqueros de cuero brillaban bajo los focos. Ella empezó a bailar. Flexionaba sus rodillas, con los pies en tensión sobre un aplastado depósito de gasolina, y el Suelo Mortal empezó a moverse arriba y abajo como respuesta. El sonido que produjo fue como el del fin del mundo, como si los alambres que sostenían el cielo chasqueasen y se rozasen entre ellos por todo el firmamento.

Él la dejó hacer durante unos cuantos latidos de corazón y entonces avanzó, evaluando el movimiento del Suelo perfectamente, como un hombre que saltaba de una baldosa a otra en un jardín ornamental.

Separó su pulgar con la gracia de un hombre que observa la reglas de cortesía social y lo arrojó hacia ella. Bajo los focos, el filamento provocaba reflejos de arco iris. Ella se arrojó al suelo y rodó sobre sí misma, incorporándose de nuevo cuando el látigo molecular pasó, mientras las uñas de acero surgieron con un chasquido en lo que debió ser un gesto automático de defensa.

El ritmo del tambor se aceleró y ella se adaptó a él, su pelo oscuro revuelto alrededor de las vacías lentes plateadas, su boca apretada, los labios tensos por la concentración. El Suelo Mortal tronó y rugió, y los Lo Tek prorrumpieron en gritos de emoción.

Él retrajo el filamento, lo hizo girar en un círculo de un metro aproximado de fantasmal policromía y lo situó delante de él, manteniendo la mano sin pulgar al nivel de su esternón. Un escudo.

Y Molly pareció dejar que algo fluyese, algo proveniente de su interior, y que fue el comienzo real de su danza estilo perro rabioso. Saltó, se retorció, arremetió contra los laterales, cayendo con ambos pies sobre un vagón de tren de aleación, enganchado

directamente a uno de los cables que se sostenían el conjunto. Me tapé los oídos con las manos y caí de rodillas, mareado por el ruido, pensando que el Suelo y las gradas estaban derrumbándose, cayendo hacia Nighttown, y nos vi despedazándonos entre las chabolas y los húmedos baños, reventando contra las tejas como fruta podrida. Pero los cables resistieron y el Suelo Mortal subió y bajó y se comportó como un enloquecido mar de metal. Y Molly bailaba sobre él.

Y al final, justo antes de que él preparase el ataque final con el filamento, ví en su cara una expresión que no parecía estar en consonancia. No era miedo, ni furia. Creo que era incredulidad, incomprensión aturdida entremezclada con pura repulsión estética ante lo que estaba viendo, lo que estaba oyendo, lo que le estaba sucediendo. Retrajo el filamento remolineante y el disco fantasmal se contrajo hasta el tamaño de un plato mientras subía el brazo por encima de su cabeza y lo volvía a bajar, arqueando el pulgar en busca de Molly como si fuese algo vivo.

El Suelo la llevó hacia abajo y el filamento pasó justo por encima de su cabeza.; el Suelo dio un bandazo, dejándole a él en el camino del tenso filamento. Podría haber pasado inocuamente sobre su cabeza y haberse recogido en su dispositivo diamantino. Pero le rebanó la mano justo a la altura de la muñeca. Había un agujero en el Suelo frente a él, y por él se arrojó como un buceador, con una gracia extrañamente deliberada, un kamikaze derrotado rumbo a Nighttown. Creo que en parte se dejó caer para conseguir unos pocos segundos de silencio honroso. Ella lo había matado gracias a un choque de culturas.

Los Lo Tek rugieron, pero alguien apagó el amplificador, y Molly atravesó el Suelo Mortal en silencio, agotada, con la cara pálida y desvaída, hasta el cable más lejano y se escuchó sólo un débil sonido metálico de metal castigado y chirriar de hierros oxidados.

Buscamos la mano amputada por todo el Suelo, pero nunca la encontramos. Todo lo que encontramos fue una gracil arco en un segmento de acero oxidado que el filamento había atravesado. Sus bordes brillaban como cromo nuevo.

Nunca supimos si la Yakuza había aceptado nuestros términos, o incluso si habían recibido nuestro mensaje. Hasta donde sé, su programa aún está esperando por Eddie Bax en una estantería en el cuarto trasero de una tienda de regalos en el tercer piso del Sydney Central-5. Probablemente la Yakuza le revendió el original a Ono-Sendai hace meses. Pero quizá recibieron la emisión del pirata, porque nadie ha venido buscándome aún, y ya ha pasado casi un año. Si vienen, tendrán que hacer un largo camino de subida a través de la oscuridad, pasando por delante de los centinelas de Dog, y tampoco me parezco mucho a Eddie Bax a estas alturas. Dejé que Molly se ocupase de eso, con anestesia local. Y mis nuevos dientes ya casi han crecido.

Decidí quedarme aquí. Cuando reflexioné en el Suelo Mortal, antes de que él llegase, ví el vacío que era mi vida. Y supe que estaba harto de ser un contenedor. Así que ahora bajo y voy a ver a Jones, casi cada noche. Somos socios, Jones y yo, y Molly Millones también. Molly lleva nuestros negocios en el Drome. Jones sigue en Disneylandia, pero tiene un tanque más amplio, con agua del mar fresca que traen una vez a la semana. Y tiene su chute cuando lo necesita. Aún le habla a los críos con su rectángulo de luces, pero conmigo habla a través de una pantalla nueva que hay en el cobertizo que le alquilo, una pantalla mejor que la que usaba en la Armada.

Y estamos ganando mucho dinero, más dinero del que había ganado antes, porque el Calamar de Jones puede leer los rastros de todo lo que cualquiera hubiese almacenado en mi cabeza, y me lo proporciona en la pantalla en lenguajes que puedo entender. Así que estamos enterándonos de muchas cosas de mis antiguos clientes. Y un día haré que un cirujano me quite toda el silicio de mi cabeza y viviré con mis propios recuerdos y los de nadie más, como lo hace el resto del mundo. Pero no por ahora.

Entretanto, todo va de maravilla aquí arriba, en lo alto de la oscuridad, mientras fumo un cigarillo chino con filtro y escucho la condensación que gotea de las geodésicas. Se está realmente tranquilo aquí arriba, salvo que un par de Lo Tek decidan bailar en el Suelo Mortal.

Es también instructivo. Con Jones ayudándome a entender las cosas, me voy a convertir en el chico más profesional en la ciudad.